

TRADICION XEREZANA

Quien no es agradecido,
no es bien nacido.

En el tercio final del siglo XVII solíanse reunir a conversación y tertulia los señores más calificados de la collación de San Miguel en las casas que, en el dicho barrio, en su antigua calle de Caballeros, servían de moradas al señor don Felipe de Zarzana Espínola, a quien papeles viejos llaman «el menor en días», veinticuatro que fué de la ciudad y obrero mayor de sus muros y almenas.

Una tarde de invierno de uno de los últimos años de la indicada centuria, sentado sobre la monumental chimenea, cuya campana blasonaban las armas de la casa, hablaba así a sus tertulianos el dueño de ella que, por aquel entonces, debía tener bien cumplidos los setenta años.

— Quien no es agradecido, no es bien nacido: dice el refrán. A propósito de él se me viene a las mientes desde el archivo de mis recuerdos cierto añejo sucedido que tuvo lugar en la ciudad, y, como sé que vuestas mercedes son personas curiosas y amigas de revolver historias, aconséjoos que aparejéis en buena hora vuestros oídos, si os es de gusto saber de una bien sabrosa, a fe de hidalgo.

— Por mi vida, seor don Felipe, no deje vuesa merced el cuento para mañana, que ya sabe lo dispuestos que siempre nos halla su discreta plática.

— Tengo para mí que así es, seor don Fernando de Coca, respondió Zarzana al que había hablado, pues no pienso nazcan vuestras demostraciones de cortesanos comedimientos ni de lozanías de lenguaje, sino de la afición que os merezco, sin que me abonen más títulos que las canas de mis años.

—Dios os dé muchos de vida y suplicóos comencéis luego, pues, como vuestro, no dejará el cuento de darnos solaz a mí y a estos caballeros, replicó Coca señalando a su hermano don Diego, a don Juan de Porras Villanueva y a D. Fernando de Zurita, que eran de los presentes y que con gusto se aprestaban a escuchar la historia.

—Pues estenme atentos vuestras mercedes, siguió Zarzana, y sabrán de uno que lo vió un hecho sonado de don Juan Dávila, de quien muchos aún se acuerdan.

Arrellanóse don Felipe en su asiento, estiró las piernas hasta casi alcanzar la tumbre con los pies y, acariciándose la barba, después de entornar los ojos y fruncir el ceño, como hombre que ata cabos en la memoria, continuó:

—Era, allá por el año de gracia de 1662, el mismo en que se labró la alcantarilla del Guadabajaque. Vivía entonces en Jerez un mozo llano, cristiano viejo, hombre de bien a carta cabal, no falto de arrestos y bríos, pero de muchos desplantes. Se llamaba ... Fulano Francisco, que el nombre, de momento, no se me acuerda; era hijo único de padre viejo y con algunos posibles. ¡Paréceme verlo!

Ocurrió el triste suceso que voy a narraros el último día de los de carnestolendas, que aquel año fueron famosas, muy divertidas de mascaradas y vistosos manejos de los caballeros, con gran concurso de personas que desde los pueblos comarcanos vinieron a gozar de las fiestas. A la caída de la tarde encontrábase el tal Francisco en el mesón de Castilla, en el Arenal, usando de donaires y chanzas propias del día con otros mozos, arrieros y gente rústica; un jarro bien repleto de lo caro había pasado más de una vez de boca en boca, y al mosto de la tierra le echara yo las más de las culpas de la desgracia que aconteció, que no fué otra sino que se enredaron en disputas Francisco y uno de los presentes, aquél con sus fieros y denuestos acostumbrados que por esta vez pasaron más allá de ser sólo palabras, porque, agriada la cuestión, sin miramiento alguno, que la cólera ciega el juicio, con un cuchillo de los de cachas amarillas apuñaló a su contrario, dejándolo muerto en el suelo.

Podéis, señores, figuraros el alboroto: unos acudieron al caído, otros atronaron la casa dando voces de ¡ah de la justicia, que han muerto a un hombre! ¡cogedle!, ¡prendedle!, y, los menos cerraron con el asesino y uniendo a los clamores la acción ya lo tenían maniatado cuando llegaron los ministros del señor corregidor; que, ciertamente, fué lamentable caso aquel e indignó mucho al pronto por ser el muerto hombre honrado, aunque arriero, y dejaba viuda joven.

Lleváronlo a la cárcel y comenzóse la causa. A fin de mejorarla, que iba perdida mediaron toda suerte de empeños que con lágrimas procuraba el viejo padre del muchacho, que gastó en ella mu-

cho de su hacienda y prometía el oro y el moro por la vida de su hijo. Pero, nada se lograba; la viuda del muerto negábase a todo arreglo y no consentía en perdonar al asesino. ¡Miren que necia obstinación! ¿Iba acaso, así, a resucitarse el marido? No servía con ella ni consejos, ni reflexiones y fueron en valde los ruegos y arengas que por el infeliz reo le hicieron sujetos de mucha monta, autoridad y religión. Decía la cuñada que vería con gusto perdida su ánima si en el perdón que con tantas veces le demandaban hubiese de estibar su salvación; que, a la postre, como mujer, era dura cosa el convencerla.

Sentencióse la causa y la sentencia fué de muerte. Levantóse la horca en el Arenal y a su vista ya nadie sentía al difunto, sino que las lástimas todas eran para Francisco, influyendo no poco en esta favorable disposición del pueblo, a más de la inocencia y buen aire del asesino, la pena de su anciano padre que, por las calles, a voces y llorando, partía los corazones pidiendo clemencia para su hijo.

Los balcones de la plaza estaban llenos de gente; nunca en semejantes casos ví tanta; parecía, de no ser por la horca, día de alardes: tal era el concurso.

Casi llegada ya la hora del suplicio, don Juan Dávila, movido a compasión por los lamentos del viejo, tomó por empeño el alcanzar el perdón de la viuda, y luego incontinenti, fué a verla y, apurados todos los resortes, como ella encareciese mucho, con grandes extremos y dolorosas demostraciones, la soledad y pobreza en que quedaba, ofrecióle dinero si consentía en perdonar, a lo que la doliente, después de pensarlo, respondió pidiéndole diez mil ducados, juzgando se asombraría, pero D. Juan, aprovechando la ocasión, cogióle la palabra y fué al punto en su coche y los trajo, que yo sé que al pronto se endeudó por ellos y con costaleros los ví bajar de la carroza, que venía el dinero en sportillas.

Como la pólvora corrió la noticia y pronto las voces de ¡perdón! ¡perdón! llegaron al Arenal, a tiempo que el reo salía de la cárcel y, hasta ella fué el alboroto: el corregidor, que recuerdo lo era don Martín de Zayas, enterado del caso, mandó que lo volvieran a sus prisiones de las que, a poco, fué libre.

Cuando el padre de Francisco supo a quien debía alegría tan grande corrió a casa de don Juan y, tirado a sus pies, le decía:

— ¡Señor, vuesa merced me eche dos mil hierros en esta cara: un majuelito tengo, lo venderé y pagaré a vuesa merced lo que alcanzare!

A lo que aquél repuso como tan gran caballero que era:

— ¡Vaya con Dios, que a mí no se me debe nada!

Y como el agradecido anciano se persuadiese de que, pese a su mucho porfiar, no le habían de tomar una mala blanca, prometió, asegurando la promesa con juramentos, quedarse al servicio de don Juan mientras el ánimo le alentase en el cuerpo, y, por más que le instaron, jamás pudieron vencer al buen viejo a lo contrario.

Muchas veces visité la casa de Dávila y siempre ví en ella, entre los criados, al padre de Francisco que, hasta su muerte, en cumplimiento de su promesa, perseveró al servicio de don Juan, y recuerdo era hombre de recia complexión, aunque no muy alto, entrecano el pelo y el andar agobiado, y, cuando le preguntaban de su voto, siempre decía por toda respuesta:

—Quien no es agradecido, no es bien nacido.

Y, a la verdad, según de público se aseguraba era cristiano viejo rancioso, con muchos dedos de envidia sobre su ánima, la cual haya gloria.

FRANCISCO JOSÉ RAGEL,

Corresponpiente.

X - 23

